



LIT3
RARIA

SIGRID UNDSET

Premio Nobel de Literatura

CRISTINA,
HIJA DE LAVRANS

Vol. I La corona



Sigrid Undset



Cristina,
hija de Lavrans

Vol. I: La corona

Traducción de Rosa S. de Naveira



Título en idioma original: *Kristin Lavransdatter*

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid 1997, 2025

Traducción de Rosa S. de Naveira

Revisión de Catalina Roa

Edición al cuidado de Harrys Salswach

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Anzos-Madrid

ISBN: 978-84-1339-231-8

Depósito Legal: M-9484-2025

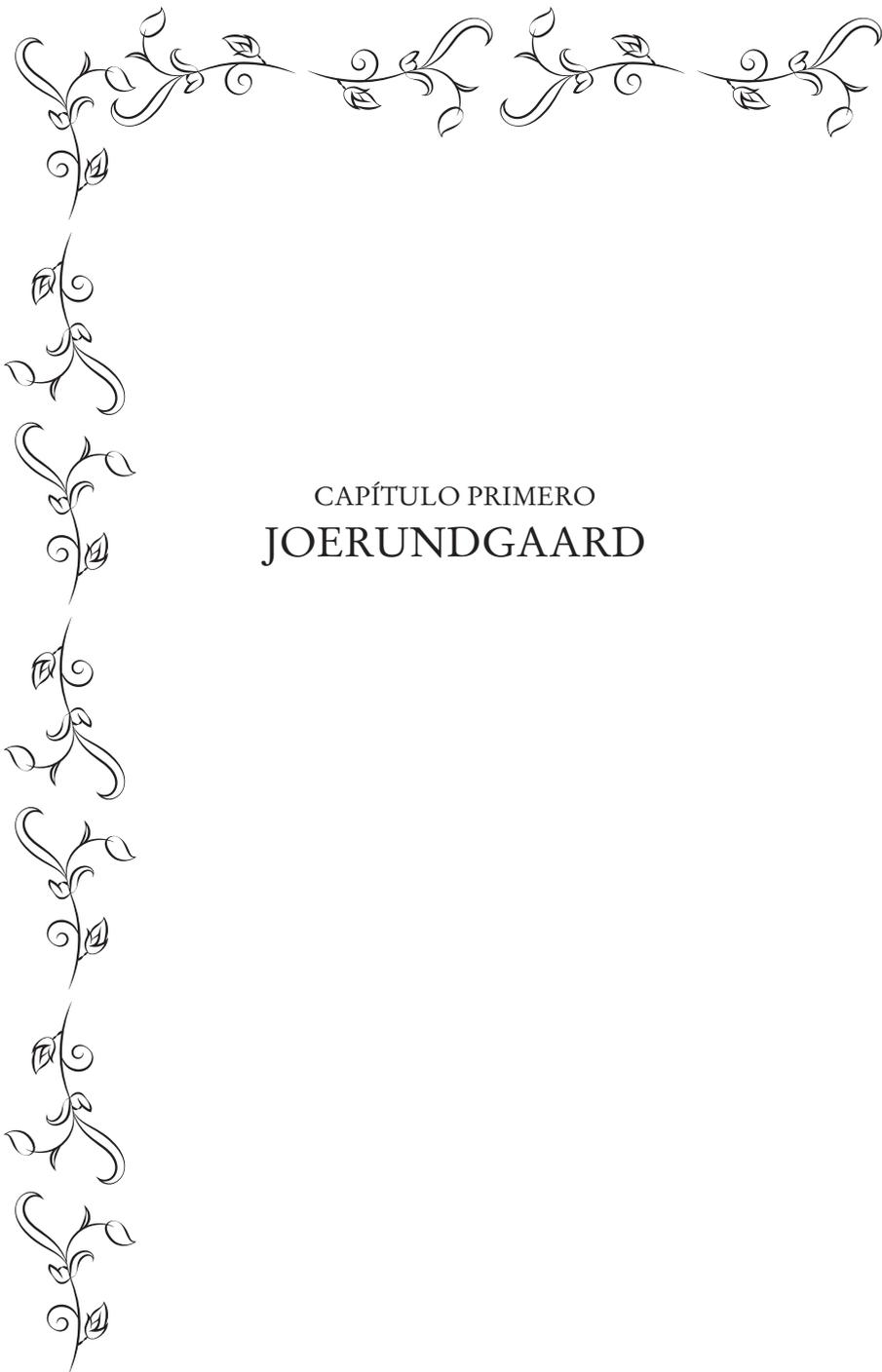
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com



CAPÍTULO PRIMERO
JOERUNDGAARD



uando en 1306 se procedió al reparto de los bienes de Ivar Gjesling, el Joven, de Sundbu, sus tierras de Sil correspondieron a su hija Ragnfrid y a su yerno Lavrans Bjoergulfsoen. Hasta entonces habían vivido en la granja de Skog, en Follo, cerca de Oslo, pero la abandonaron por la Joerund, situada en la parte alta de los prados de Sil.

Lavrans pertenecía a aquella familia que en mi tierra llamamos los «hijos de juez». Vino de Suecia con aquel Laurentius, juez de la provincia de Ostrogothia, que raptó del convento de Vreta a la joven Bengta, hermana del *jarl* del Bjelbo, y huyó con ella a Noruega. Micer Laurentius era pariente del rey Haakon el Viejo, del que recibió grandes favores; el rey le regaló la granja del Skog. Pero después de haber pasado ocho años en nuestro país, murió a causa de una enfermedad y su viuda, la hija de los Folkung, que el pueblo de Noruega llamaba hija del rey, regresó a su país e hizo las paces con su familia. Posteriormente le hicieron contraer un rico matrimonio en otro país. Ella y Micer Laurentius no habían tenido hijos, por lo que fue Ketil, hermano de Laurentius, el que heredó Skog. Ketil fue el abuelo de Lavrans Bjoergulfsoen.

Habían casado a Lavrans muy joven. Cuando llegó a Sil solo tenía veintiocho años, tres menos que su esposa. En su adolescencia había formado parte de la guardia del rey y recibido, por tanto, una buena educación; pero tras su matrimonio, vivió tranquilamente en su granja porque Ragnfrid era un poco rara y

melancólica y no se encontraba a gusto entre la gente del sur del país. Después de pasar por el dolor de perder tres hijos de poca edad se volvió de una misantropía total. Así fue como, sobre todo por el deseo de que su esposa se encontrara cerca de sus parientes y conocidos, Lavrans vino a instalarse en el Gudbrandsdalen. Por entonces sólo tenían a un hijo vivo, una niña llamada Cristina.

Mas una vez instalados en Joerundgaard*, vivieron con la misma apacibilidad que antes y se mantuvieron encerrados en sí mismos. No parecía que Ragnfrid se preocupara mucho de su familia porque sólo la veía cuando era preciso por motivos de costura. Eso era en parte debido a que Lavrans y Ragnfrid eran extremadamente piadosos y temían a Dios, frecuentaban la iglesia con asiduidad, daban cobijo espontáneamente a los servidores de Dios y a las personas que se ocupaban de los asuntos de la iglesia o a los peregrinos que iban calle arriba hacia Nidaros; mostraban además un gran respeto hacia el capellán de su parroquia... que era su vecino más próximo y vivía en Romundgaard. Pero los demás habitantes del valle opinaban que el servicio de Dios les costaba demasiado caro en diezmos y en dinero y tampoco les gustaba imponerse la extrema dureza de los ayunos y oraciones, o traer a su casa sacerdotes o frailes sin necesidad.

Por lo demás, los habitantes de Joerundgaard eran respetados y amados, sobre todo Lavrans, porque se le tenía por un hombre fuerte y valeroso, pero dulce y pacífico, recto, equitativo, correcto por naturaleza, un granjero extremadamente hábil y un gran cazador que, en especial, cazaba lobos, osos y demás animales dañinos. En pocos años había logrado reunir muchas tierras, pero era un amo bueno y caritativo para con sus aparceros.

Ragnfrid frecuentaba tan poco la gente que pronto dejaron de hablar de ella. Muchos se habían sorprendido, en los primeros tiempos de su establecimiento en el valle, porque la recordaban de la época en que vivía en Sundbu. Nunca había

* La granja de Joerund.

sido bella, pero entonces tenía un aspecto alegre y amable; ahora había cambiado de tal modo que se le podían echar diez años más que a su marido, en lugar de tres. La gente pensaba que había manifestado un dolor exagerado por la pérdida de sus tres hijos porque en otros aspectos aventajaba en mucho a la mayoría de las mujeres: disfrutaba de bienestar y consideración, vivía en armonía con su marido, por lo menos aparentemente; Lavrans no tenía ningún otro afecto femenino; la consultaba mucho en todas las cosas y no le decía ninguna palabra desagradable, lo mismo si estaba borracho o sereno. Además, tampoco era tan vieja que no pudiera, con la gracia de Dios, tener aún muchos hijos.

Les costaba un poco encontrar sirvientas jóvenes en Joerundgaard a causa de la melancolía del ama de casa y de su severidad en la observancia de los ayunos. Por lo demás, la gente vivía bien en la granja, donde las palabras soeces y los castigos eran raros; Lavrans, lo mismo que Ragnfrid, ponían todo su corazón en las faenas. El marido, a su modo, tenía un carácter alegre y siempre se podía contar con él para un baile o una canción cuando los jóvenes se divertían, en las noches claras en que se trasnochaba en la explanada de la iglesia. Pero eran las personas de edad las que buscaban por todos los medios entrar a servir en Joerundgaard; allí eran felices y no se marchaban.

Cuando la pequeña Cristina cumplió siete años, acompañó un día a su padre a su cabaña en el monte. Era una hermosa mañana en pleno verano. Cristina estaba aún en la habitación de arriba donde dormían durante el buen tiempo. Veía brillar el sol y oía a su padre y a los hombres charlando en el patio. Tan grande era su alegría que no podía estarse quieta mientras su madre la vestía; saltaba y corría cada vez que le ponían una prenda. Nunca hasta entonces había subido allá arriba, a la montaña; sólo había atravesado la costa hasta Vaage cuando la habían llevado a Sundbu a visitar a sus abuelos maternos. Con su madre y los servidores de la casa había ido también a los

bosques cercanos para recoger las bayas que Ragnfrid ponía en su canastita. Ragnfrid preparaba con ellos y con los restos de la destilación de la cebada, arándanos rojos y otras bayas una especie de pasta que comía sobre el pan, en lugar de mantequilla, durante la cuaresma.

La madre trenzó la larga cabellera de Cristina y la cubrió con un viejo bonete azul. Luego besó a su hija en la mejilla y Cristina bajó corriendo a reunirse con su padre. Lavrans había montado ya; levantó a la niña y la sentó detrás de él sobre el lomo del caballo, donde había puesto su abrigo doblado para que le sirviera de almohada. Cristina debía sostenerse allí a horcajadas y agarrarse al cinturón de su padre. Luego gritaron «Adiós» a la madre, pero esta bajó con la capa de Cristina y se la dio a Lavrans, rogándole que cuidara de la niña.

El sol resplandecía pero había llovido mucho por la noche, tanto que los arroyos bajaban veloces y cantarines por las vertientes, y los jirones de niebla se extendían aún al pie de las montañas. Pero en las cumbres, las nubes blancas que señalaban buen tiempo se deslizaban por el aire azul y Lavrans y sus hombres anunciaban un día caluroso, sin duda, al correr de las horas. Lavrans llevaba con él cuatro escuderos, y todos ellos iban bien armados, porque en aquellos tiempos había gente muy rara por las montañas; el grupo era, por tanto, numeroso, y la etapa tan corta que era improbable que les ocurriera algo. Cristina estaba de buen humor con todos sus compañeros; tres eran hombres ya entrados en años, pero el cuarto, Arne Gyrdsøen, de Finsbrekken, era un adolescente y el mejor amigo de Cristina. Cabalgaba detrás de ella y de Lavrans, porque tenía que dar a la pequeña toda clase de detalles sobre lo que irían encontrando por el camino.

Pasaron entre las casas de Romundgaard y cambiaron saludos con Erik, el sacerdote. Estaba riñendo a su hija, que era quien se ocupaba de la casa, por unas madejas de hilo recién teñido, que por descuido había dejado colgadas a la intemperie el día anterior; ahora, el hilo aparecía desteñido por la lluvia.

Sobre la colina, más arriba del presbiterio, se alzaba la iglesia. No era muy grande, pero sí esbelta, bonita, bien construida y recién alquitranada. Delante de la cruz que había ante la verja del cementerio, Lavrans y sus hombres se quitaron los sombreros y bajaron la cabeza. Luego el padre se volvió sobre su silla y él y Cristina agitaron la mano en dirección a la madre que podían ver abajo, en el prado, delante de la granja familiar. Ragnfrid les contestó moviendo uno de los extremos de su cofia de lino.

Aquí, sobre la colina de la iglesia y en el cementerio, Cristina solía jugar todos los días; pero hoy se iba lejos; le parecía que la vista de su casa y de la aldea era algo nuevo y maravilloso. Los grupos de casas de Joerundgaard y sus alrededores parecían más pequeños y más grises vistos en el llano, de lejos, allí abajo. El río desplegaba su cinta deslumbrante y el valle se unía a las colinas grandes y verdes, a los marjales de las hondonadas, a las granjas rodeadas de campos y prados hacia lo alto de las laderas, bajo los lomos grises y abruptos de la montaña.

Abajo, muy lejos, allá donde las montañas se unían y formaban una barrera, se encontraba Lopstgaard, como sabía Cristina. Allí vivían Sigurd y Jon, dos viejos de barba blanca; cuando iban a Joerundgaard siempre jugaban y se entretenían con ella. Quería a Jon porque le tallaba en madera unos animales preciosos y porque un día le regaló un anillo de oro. Y la última vez que había ido a visitarles, en Pentecostés, le había traído un caballero tan maravillosamente tallado que le pareció que nunca había recibido mejor regalo que aquél. Todas las noches tenía que acostarse con el muñeco, pero por la mañana, al despertarse, encontraba a su caballero en la grada delante de la cama donde dormía con sus padres. El padre le decía que había saltado de la cama al oír el primer canto del gallo, pero Cristina suponía que su madre lo habría quitado mientras dormía, porque le había oído decir que era muy duro y muy desagradable encontrárselo debajo del cuerpo durante la noche. Sigurd de Lopstgaard daba miedo a Cristina. No le gustaba que la sentara sobre sus rodillas porque acostumbraba a decir que cuando estuviera en edad

de casarse, él dormiría en sus brazos. Había sobrevivido a dos mujeres y aseguraba que sobreviviría a una tercera; Cristina, por tanto, podía muy bien ser la cuarta. Pero cuando esto la hacía llorar, Lavrans se reía y le aseguraba que no creía que Margit quisiera morir tan pronto y que en el caso de que las cosas fueran tan mal y Sigurd la pidiera en matrimonio, le diría claramente que no; Cristina no tenía, pues, nada que temer.

A tiro de arco, al norte de la iglesia, había cerca del camino una gran roca rodeada por un bosquecillo de abedules y álamos blancos. En aquel lugar los niños iban a jugar a los curas y Tomás, el más joven de los nietos de Erik, el sacerdote, decía la misa imitando a su abuelo, rociaba con agua bendita y bautizaba cuando había agua de lluvia en las cavidades de la piedra. Pero un día del otoño anterior, la cosa había tenido malas consecuencias. Primero Tomás los había casado, a ella y a Arne... Arne no era tan mayor como para no ir a jugar con los niños cuando podía escaparse. Luego Arne cogió un cerdito que andaba por allá y lo trajo para que lo bautizaran. Tomás lo ungió con barro, lo metió en el hueco lleno de agua y repitió los gestos de su abuelo; dijo la misa en latín y riñó a sus feligreses porque no eran lo bastante generosos con sus donativos..., esto hizo reír a los niños, que habían oído comentar a los mayores las tacañerías de Erik. Y cuanto más se reían más se ponía Tomás a inventar, y así fue como dijo que el niño había sido concebido en Cuaresma y que por este pecado tendrían que pagar una multa al sacerdote y a la iglesia. Entonces los muchachos se echaron a reír, pero Cristina sintió tal vergüenza que estuvo a punto de echarse a llorar allí mismo, de pie, con el lechón en los brazos. En aquel momento quiso la mala fortuna que Erik en persona pasara a caballo de vuelta de visitar a un enfermo. Cuando se dio cuenta de lo que hacían los niños, saltó del caballo, alargó el copón a Bentein, el mayor de sus nietos que le acompañaba, con un gesto tan brusco que Bentein por poco deja caer la paloma de plata con el cuerpo del Señor; el sacerdote corrió hacia los niños y pegó a todos los que pudo atrapar. Cristina soltó el cerdito, que bajó por el

camino chillando y arrastrando el traje de bautizar y asustó a los caballos del sacerdote, que se encabritaron. Este sacudió entonces a Cristina con tanta fuerza que la hizo caer y le propinó además un puntapié, que le dolió durante varios días. Cuando Lavrans se enteró, opinó que Erik había sido demasiado severo con Cristina, que era tan pequeña. Quiso hablar de ello con el sacerdote, pero Ragnfrid le rogó que no lo hiciera porque la niña no había hecho sino recibir lo que merecía al tomar parte en un juego sacrílego. Lavrans no volvió a mencionar el asunto, pero propinó a Arne la mayor paliza que el chiquillo recibió en su vida. Por esto al pasar junto a la roca, Arne tiró de la manga a Cristina. No se atrevía a hablar por causa de Lavrans, pero hizo una mueca, sonrió y se dio unos golpes. Cristina, avergonzada, bajó la cabeza.

El camino se internaba por un espeso bosque. Pasaron por debajo de Hammeraas; el valle se estrechaba y ensombrecía y el ruido del río se hacía más fuerte y salvaje. Cuando veían el Laage era sólo un destello serpenteante, verde como el hielo y coronado de blanca espuma entre muros de rocas escarpadas. A cada lado del valle, negros bosques cubrían la montaña; todo era oscuro, espantoso, encajonado; el frío, cortante. Cruzaron la pasarela sobre el arroyo de Rosta y no tardaron en ver el puente tendido sobre el río, en la parte más baja del valle. En una gruta un poco más allá del puente vivía un genio de las aguas; Arne quiso contarle historias a Cristina sobre él, pero Lavrans ordenó severamente al joven que se abstuviera de hablar de estas cosas en el bosque. Y cuando llegaron al puente saltó del caballo y le llevó de la rienda para cruzarlo, mientras que con el otro brazo sostenía a la chiquilla apretada contra su pecho.

Al otro lado del río un camino de herradura llevaba a la cumbre casi verticalmente, así que los hombres descabalaron y anduvieron a pie, pero el padre sentó a Cristina en la silla, de modo que pudiera sujetarse en el arzón y montar sola a Guldsvein.

Nuevas cimas grises y colinas azules cebradas de nieve se destacaban de la falda de las montañas a medida que iban

subiendo y ahora Cristina distinguía ya entre los árboles las manchas luminosas de la aldea, al norte de la cresta de la montaña. Arne, con el dedo tendido, iba nombrando las granjas que podían entrever.

Ya arriba de la vertiente, llegaron a una pequeña cabaña. Se detuvieron ante una empalizada; Lavrans llamó; un eco y luego otro repitieron la llamada a través de las montañas. Dos hombres bajaron corriendo entre los terrones; eran los dos hijos de la casa, hábiles quemadores de brea, a los que Lavrans quería pedir que trabajaran para él. Su madre venía tras ellos con una gran escudilla de leche, conservada en la bodega, porque el día era caluroso, tal como habían previsto los hombres.

—He visto que traías contigo a tu hija —dijo después de darles los buenos días— y he pensado que debía verla. Deberías desatarle el bonete; dicen que tiene una cabellera preciosa...

Lavrans hizo lo que la mujer le pedía y los cabellos de Cristina cayeron hasta la silla. Eran abundantes y dorados como el trigo maduro. Isrid, la mujer, los cogió en su mano y dijo:

—Ahora veo que los rumores no han exagerado al hablar de tu hija. Es un lirio y parece hija de un caballero. Tiene los ojos dulces y... se parece a ti y no a los Gjesling. Que Dios derrame sus gracias en tu hija, Lavrans Bjoergulfsoen. Veo que montas a Guldsvein tan erguida como un cortesano —añadió bromeando y sosteniendo la escudilla mientras Cristina bebía.

La niña se ruborizaba de contento porque sabía que se consideraba a su padre como el hombre más guapo en varias leguas a la redonda y verdaderamente parecía un caballero, de pie en medio de sus hombres, aunque vistiera como un aldeano, según la costumbre de diario en su casa. Vestía tabardo, bastante ancho y corto, de estameña verde, abierto en el cuello para dejar ver la camisa; además llevaba calzas, zapatos de cuero decolorado y un sombrero de fieltro anticuado y de alas anchas. Como adorno llevaba solamente una hebilla de plata en el cinturón y un pequeño broche de filigrana en el cierre de la camisa; en el cuello se distinguían los eslabones de una cadena de oro. Esta la llevaba

siempre y de ella colgaba una cruz de oro adornada de cristal de roca; la cruz se abría y dentro había un fragmento de la mortaja y cabellos de la santa Eline de Shoevde, porque los «hijos de juez» se decían descendientes de una de las hijas de aquella santa. Cuando Lavrans estaba en el bosque o se dedicaba a sus trabajos guardaba la cruz sobre su pecho desnudo, para no perderla.

Pero a despecho de sus toscas vestiduras de diario, parecía mucho más noble que muchos caballeros y cortesanos con sus trajes de ceremonia. Tenía un buen tipo, era alto, ancho de hombros, estrecho de caderas y tenía la cabeza pequeña y bien erguida sobre su cuello; sus rasgos eran elegantes, un poco alargados; las mejillas llenas, la barbilla redonda, la boca bien dibujada. Era rubio, con un rostro fresco, ojos grises y cabello espeso, brillante y sedoso.

Se quedó un rato de pie charlando con Isrid de sus cosas, le preguntó también por Tordis, pariente de Isrid que aquel verano ocupaba la cabaña de Joerundgaard. Acababa de tener un niño. Isrid sólo esperaba una ocasión para atravesar el bosque en compañía y bajar a que bautizaran al pequeño. Lavrans dijo que podía subir con ellos: bajarían a la noche siguiente y sería mejor y más seguro que tantos hombres pudieran acompañarla a ella y al pequeño pagano.

Isrid le dio las gracias.

—En verdad, esto era lo que esperaba de ti. Ya lo sabemos nosotros, pobres habitantes de la baja montaña, que nos concedes favores, si puedes, siempre que vienes —y subió la cuesta corriendo en busca de una prenda de punto y un abrigo.

En realidad, Lavrans se encontraba a gusto entre estas personas humildes que vivían en terrenos por desbrozar, arrendados, arriba de todo, en los límites del distrito; en su compañía estaba siempre contento y bromista. Con ellos hablaba de la vida de los animales del bosque y de los renos de los lugares solitarios, de todo aquel mundo fantástico que vive en aquellos parajes. Y les ayudaba, además, con sus consejos, acciones, colaboración; cuidaba sus animales enfermos; les acompañaba al herrero y a

sus emplazamientos de leñadores; a veces les ayudaba con su enorme fuerza cuando tenían que arrancar piedras o malas raíces. Así, esa gente acogía siempre con alegría la llegada de Lavrans Bjoergulfsoen y Guldsvein, el gran semental rojo que montaba. Era un animal magnífico, de crines y cola blancas, ojos claros, piel lustrosa... fuerte y vivo hasta el extremo de que se hablaba de él en las aldeas; pero, con Lavrans, el semental era cariñoso como un cordero y Lavrans disfrutaba diciendo que quería al animal como a un hermano pequeño.

Lo primero que Lavrans tenía que hacer era cuidar del buen estado del faro de Heimbaugen. En aquellas épocas turbulentas y difíciles, y desde hacía más de cien años, los campesinos de las montañas habían construido en ciertos puntos que dominaban los valles, señales o faros parecidos a los de los puertos para los navegantes que surcan nuestras costas, pero aquellas señales terrestres no dependían de la administración de la defensa nacional. Las cofradías de campesinos las mantenían en buen estado y sus miembros observaban un turno para inspeccionarlas.

Cuando llegaron a la primera cabaña, Lavrans dejó todos los caballos en el cercado, excepto el de carga, y subieron entonces por un sendero abrupto. Pronto los árboles fueron haciéndose más escasos. Sobre los pantanos se alzaban grandes pinos muertos y blancos como huesos, y Cristina vio entonces cumbres grises y desnudas que se elevaban por todas partes hacia el cielo. Anduvieron un largo trecho sobre la pendiente pedregosa; y como de vez en cuando un arroyo cruzaba el sendero, el padre tuvo que coger a su hija en brazos. Allá arriba soplaban un buen viento fresco y las matas aparecían cubiertas de bayas, pero Lavrans dijo que no podían entretenerse ahora en cogerlas. Arne corría tan pronto delante como detrás, arrancaba para Cristina ramas llenas de bayas y le explicaba de quién eran las cabañas que veían a sus pies, en el bosque... porque en aquella época un bosque cubría toda la altiplanicie de Hoesvringen.

Y ahora se encontraban ya al pie de la última cresta, redonda y desnuda; veían la enorme construcción destacarse en el aire

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

JOERUNDGAARD5

CAPÍTULO SEGUNDO

LA CORONA107

CAPÍTULO TERCERO

LAVRANS BJOERGULFSOEN209



Cristina Lavransdatter, al cumplir quince años de edad, es prometida en casamiento a Simón Andresseon, hombre de rica herencia. Lavrans Bjoergulfsoen, padre de Cristina, es un hombre honorable, justo, y apreciado por todos aquellos que lo conocen. Desea lo mejor para su hija y su descendencia. Pero estos anhelos se verán puestos en cuestión por Cristina, una joven tan apasionada como rebelde, que desafiará los deseos paternos. Internada en un convento, su vida cambiará para siempre cuando en una escapada conoce al tenaz y encantador Erlend.

Sumérgete en el corazón de la Edad Media con la obra maestra de Sigrid Undset, considerada una de las mejores novelas históricas del siglo XX. *Cristina, hija de Lavrans* cuenta la vida desde la niñez hasta la muerte de uno de los personajes más complejos y vigorosos de la literatura universal. Niña sagaz, joven apasionada, esposa ardorosa, madre impetuosa y creyente devota, su periplo atraviesa todo el siglo XIV, un tiempo en el que la fe, el pecado, la culpa, el honor, las promesas, los odios, las pasiones, las traiciones, las lealtades y el amor conjugaban un mundo cuyas tragedias y alegrías se vivían con la plenitud de quienes se sabían hijos de Dios.

«[Mi heroína favorita de ficción] es la tenaz, sensual, devastadora y, en definitiva, sólida Cristina Lavransdatter, de Sigrid Undset. La trilogía de Cristina merece muchas relecturas. De inmediato, uno se identifica de alguna manera con esta hija de la Noruega medieval; pronto uno la compadece en sus sufrimientos. (...) Su fe y lealtad la hacen muy hermosa para mí».

William T. Vollman
The New York Times



Depósito Legal: M-9484-2025

ISBN: 978-84-1339-231-8

